

SE HIZO COMO UN ESCLAVO

La representación de Cristo en los servicios y ministerios eclesiásticos

Dorothea Sattler

“Christusrepräsentation in kirchlichen Diensten und
Ämtern. Er wurde wie ein Sklave”.
Herder Korrespondenz, S1 (2025) 55-57

La cuestión de la representación de Jesucristo en los ministerios eclesiásticos preocupa desde hace años a la Iglesia católica en Alemania, entre otras. El magisterio también se encuentra una y otra vez en un discurso crítico. Quien en su respuesta solo se refiere a la masculinidad de Jesús, limita la amplitud de la tradición.

¿Pueden también las mujeres representar al hombre Jesucristo en los servicios eclesiásticos oficiales? Es evidente que esta cuestión sólo se ha debatido intensamente en los últimos tiempos. Durante mucho tiempo, en los escritos oficiales a nivel mundial, prevalecieron otras razones para excluir a las mujeres del ministerio ordenado: la llamada exclusiva de los hombres en el Cenáculo y la ininterrumpida tradición católica romana en esta materia. Los aspectos antropológicos de género se consideraban simplemente un apoyo adicional a la doctrina ya probada para siempre por las Escrituras y la tradición. Hablamos de la similitud natural del hombre Jesús con el presidente de la Eucaristía, así como del discurso de la Iglesia como esposa frente al esposo Jesucristo, representado por el hombre como sacerdote.

Argumentos secundarios se han convertido en argumentos principales

Este cambio se produjo posiblemente también porque ya no se puede defender la equiparación entre el círculo de los doce y

el ministerio apostólico. Además, algunas Iglesias han abandonado la tradición común de excluir a las mujeres del ministerio ordenado. En cualquier caso, ahora se plantea con mayor vacilación la pregunta de qué consecuencias se pueden derivar de las acciones de Jesús para la formación institucional de la Iglesia. ¿Se preocupaba Jesús en absoluto por quién debía asumir la responsabilidad de liderar su sucesión y con qué tareas? ¿Era importante para él la distinción entre mujeres y hombres porque él era un hombre?

Quien quiera dar una respuesta teológica sobre la figura de la representación de Jesucristo en los ministerios eclesiales debe plantearse primero la pregunta: ¿Quién era esta persona que hasta hoy tiene importancia para los seres humanos y para toda la creación?

Es una bendición que, en el ecumenismo cristiano del año 2025, con motivo de las formulaciones transmitidas desde el Concilio de Nicea (325 d. C.), se realicen esfuerzos teológicos en muchos lugares del mundo, en contextos interculturales e interreligiosos, para reflexionar sobre un hombre que, según la convicción cristiana, es «imagen del Dios invisible» (Col 1,15).

El himno de Filipenses como punto de partida

Como punto de partida de las presentes reflexiones servirá un himno a Cristo. Es de suponer que Pablo conoció este himno desde muy temprano, lo valoró y, por tanto, lo citó en su carta a la comunidad de Filipos (cf. Fil 2,6-11). En un versículo se dice que Jesucristo se hizo «como un esclavo». En el himno se describe con imágenes lo que en la reflexión soteriológica posterior se considera como cristología de la descendencia y la ascendencia: la humillación hasta la muerte en la cruz y la exaltación a una vida eterna e irremplazable con Dios.

En ambos movimientos participan personas que, por su bautismo, viven en el seguimiento espiritual de Jesucristo: en libertad, en humildad, siendo siervos y siervas en el mundo y, al mismo tiempo, esperando ser exaltados por Dios y experimentar la dignidad eterna, en la alabanza confiada a Dios. El himno co-

mienza con la advertencia: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que corresponden a la vida en Cristo Jesús». La representación de Cristo tiene lugar en la acción.

¿Vivió Jesucristo como un esclavo? Como en todo discurso en imágenes, hay que tener en cuenta que las metáforas sólo se revelan en contextos comunicativos: Jesucristo eligió libremente su existencia como esclavo. Ni la traición, ni la venta, ni las presiones sociales le obligaron a ser esclavo. En libertad, Dios eligió en Jesucristo su propia existencia como ser humano en la humildad, por nosotros. Por lo tanto, invocando a Jesucristo, ya no es posible distinguir, en el plano del prestigio otorgado por Dios, entre libres y esclavos, judíos y gentiles, hombres y mujeres, porque todos son uno en Cristo Jesús (cf. Gal 3,28). Jesucristo representa a quienes, como él, se dedican libremente a los servicios cotidianos y fundan la esperanza en la disposición a la reconciliación. En este sentido, es irrelevante si es una mujer o un hombre quien representa a Jesucristo. La cuestión de qué significa que las personas llamadas al ministerio sacramental representen a Jesucristo, es decir, «*in persona Christi (capitis) agere*», remite a una larga tradición. Hasta ahora se ha concedido poca importancia al verbo «*agere*» y, por tanto, a la dimensión de la acción al asumir un cargo eclesiástico.

¿Quién se convierte, en función de qué actividades, en una persona que representa en sus propias acciones la salvación fundada en Jesucristo en el tiempo y la historia? Son personas que están atentas a las necesidades de los demás, que miran, escuchan, permanecen en el lugar incluso en situaciones de peligro, se preocupan por la vida, dedican tiempo, animan a la autoestima, consuelan en el dolor, son misericordiosas y exigen justicia.

Todos los creyentes que en el bautismo han prometido seguir a Jesucristo en su vida (al menos representados por sus padres) están llamados a esforzarse por representar el modo de vida de Jesucristo en su vida cotidiana. Todos los bautizados deben vivir como él vivió: las personas han experimentado un cambio en su encuentro con Jesús, que perciben como una curación. Jesús vivió con las personas una relación en la que los individuos fueron capacitados para aceptarse a sí mismos. Los anima a reconocer sus propios deseos vitales, a sentir el profundo anhelo que hay

en nosotros y a expresarlo, incluso el anhelo de una percepción sensible de las heridas que la vida nos ha inflingido. Jesús buscaba la comunión con aquellos que habían sido marginados por la sociedad. Su disposición a relacionarse, especialmente en las comidas comunitarias, representa la respuesta de Dios, siempre dispuesto a la alianza, frente al pecado de la ruptura de la comunidad.

La forma de vivir y la forma de morir de Jesús están profundamente relacionadas entre sí. En la forma de vivir y morir de Jesús reconocemos una idea ejemplar de cómo es Dios mismo: fiel a la comunidad y dispuesto a la alianza a pesar de toda hostilidad. Dios se encuentra en una forma humana históricamente experimentable: en la forma de Jesús de permanecer unido incluso a aquellos que quieren aniquilarlo; el «sí» de Dios al amor hacia aquellos que viven el «no» de la hostilidad toma forma encarnada. Dios promete que las criaturas pueden existir, incluso si son culpables ante Él. En la vida de Jesucristo, el amor incluso hacia los enemigos ha tomado forma humana.

Una supuesta similitud natural entre el hombre Jesús y el hombre en el ministerio

Si todos los bautizados están llamados a representar a Cristo de esta manera, ¿qué significa entonces la vocación al ministerio ordenado? No (solo) en cuanto al grado, sino más bien en cuanto a la esencia (cf. *Lumen Gentium*, n.º 10), el ministerio de los ordenados se diferencia del sacerdocio común de todos los bautizados: las personas que ejercen el ministerio ordenado no lo hacen mejor (en cuanto al grado), sino que tienen otra tarea (en cuanto a la esencia): están llamados a un servicio a los servicios. Las personas llamadas al ministerio eclesial animan a las personas con talento a realizar los servicios que les son posibles; son responsables de lo que ocurre en los contextos eclesiales; son competentes y saben delegar; dirigen las comunidades y presiden las liturgias. Han aceptado libremente su vocación y se han puesto al servicio: al igual que Jesucristo, están dispuestos a ser siervos y a descender a la humildad de la existencia.

Por lo tanto, no solo se puede formular un voto a favor de la participación de las mujeres en la representación sacramental de Cristo en los servicios y ministerios eclesiales, sino que también se puede justificar teológicamente.

Solo Jesucristo estaba libre de pecado: vivió siempre en reconciliación con todos los hombres. Ningún ser humano, excepto Jesucristo, puede representar al Dios que se hizo hombre de manera única en Él, dada la propia existencia pecadora. En un movimiento constante de conversión, de reflexión sobre los contextos personales y estructurales de la mala conducta, los seres humanos, tanto hombres como mujeres, pueden seguir a Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo. Lo relevante no es la supuesta similitud natural entre el hombre Jesús y el hombre en el cargo, sino el don ocasional de representar, en presencia del Espíritu de Dios, las acciones de Jesucristo en el contexto de la vida actual. El estudio de la vida de Jesús permite obtener muchas perspectivas sobre las posibilidades inagotables de tratarnos como seres humanos: no dejar que los pobres pasen hambre, acoger a los extranjeros, dar consejo, amar a los enemigos.

En los escritos del Nuevo Testamento, el ser y las acciones de Jesús se interpretan desde la tradición común con la comunidad judía. Las diferentes imágenes en las que se expresa la mediación –la aparición mediada– del único Dios en el tiempo y la historia no se limitan en absoluto a metáforas del mundo masculino. Es muy llamativo cómo pocas de las expresiones figurativas sobre las acciones de Jesús sugieren una asociación relacionada con un género natural. Las mujeres también transforman la realidad con sus palabras; las mujeres también transmiten sabiduría vital; las mujeres también ejercen una actividad terapéutica.

Para responder a la pregunta de qué forma de representación de las acciones de Jesús es adecuada hoy en día, es necesario comunicarse con todos los que profesan la fe en Cristo Jesús. La pregunta que se plantea ocasionalmente sobre lo que habría hecho Jesús no es fácil de responder, pero resulta inspiradora: la representación de Cristo no es un espectáculo en el que los actores actuales, en papeles exclusivamente masculinos, especialmente en la celebración eucarística, recuerdan un acontecimiento pasado.

Se trata de una visualización oficial –competente y fiable– de las intenciones de la acción de Jesús en las comunidades cristianas, en el poder del Espíritu de Dios, perceptible para todos, día tras día.

Tradujo y condensó: Carlos F. Barberá